

De las inquietudes del "primer" Barrán: empresas y empresarios rurales

Raúl Jacob¹

Sistema Nacional de Investigadores – ANII

El peso del pasado: autobiografía e historia



29

En el año 1969, por sugerencia de Juan Oddone, contacté a Barrán para entregarle –confieso que con mucho temor– mi primer trabajo edito, que versaba sobre un tema bien conocido por él: las consecuencias sociales del alambramiento. Ese encuentro no duró más de un par de minutos pues lo encontré ya saliendo para una de sus clases.

La segunda vez que hablé con José Pedro fue en 1980, como integrante de *CIEDUR*, uno de los centros privados de investigación que impulsamos algunos de los universitarios que optamos por quedarnos en el país durante la dictadura. *CIEDUR* estaba organizando un seminario sobre la década de 1970 con la finalidad de intercambiar ideas sobre el estado de las ciencias sociales y proyectar futuras líneas de investigación. A mí me correspondió organizar una mesa redonda para evaluar la historiografía de esos dos lustros, instancia de la que surgió la idea, concretada a lo largo de los años 1980 y 1981, de reunirnos mensualmente para discutir las obras que se habían publicado y las que iban apareciendo. Lo que más me intrigó en ese momento fue que aquel fraybentino

1. Raúl Jacob es historiador egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias e investigador Grado III del SNI. En 1991 participó de la creación del Programa de Investigación en Historia Económica y Social de la Facultad de Ciencias Sociales (UDELAR), ejerciendo desde esa fecha y durante dos décadas el cargo de Profesor Titular. Es fundador y primer presidente de la Asociación Uruguaya de Historia Económica (AUDHE). Publicó entre otros títulos, *Uruguay 1929–1938: depresión ganadera y desarrollo* (1981), *Más allá de Montevideo: los caminos del dinero*, 1996, y en coautoría con Gerardo Caetano, *El nacimiento del terrismo (1930–1933)*, 3 tomos, 1989, 1990 y 1991.

no hablaba como nosotros los litoraleños, los que comemos *chuletas* en platos *playos*. Tampoco lo hacía como lo que los montevideanos llaman *canarios*. Es más, una de las objeciones que se le puede hacer a su *Historia rural del Uruguay moderno (HRUM)*² es que se trata de una visión excesivamente metropolitana sobre aquel país que todavía no lograba funcionar como país. Años después me enteré que había venido de niño a la capital.

En cierta oportunidad, en que en una conversación se habló de un tipo de faros direccionales manuales que se colocaba a los vehículos utilitarios, su subconsciente afloró imprevistamente: “¡Ah! Lo llamábamos *busca-huellas*” – dijo. Sí, así era como los hombres de campo denominaban al faro-piloto.

En el tiempo que lo frecuenté en muchas oportunidades refirió a su padre, un empresario rural al que en cierta ocasión definió como no exitoso. Pero era extremadamente parco con su infancia. La pregunta es cuánto pesó su pasado en este hombre que dedicó su vida a escudriñar el pasado de otros.

Si bien me referiré a un aspecto de la investigación realizada con Benjamín Nahum, presumo que José Pedro pudo volcar en ella muchas de sus vivencias personales y familiares.

Cuando dos autores firman una obra uno se pregunta qué aporta uno y qué pone el otro. Imposible saberlo. No obstante se entiende que ambos están de acuerdo con lo que suscriben.

Acerca de la temática de la empresa rural

Es sabido que en vastos sectores sociales prevalece un sentimiento de aversión o menosprecio a la figura del empresario. Sin embargo casi todos los seres humanos, incluso los intelectuales, cotidianamente asumen actitudes empresariales.

Por diversas razones, que no es del caso detallar aquí, también ha existido aprehensión, o cierto prejuicio antigadero. Las causas son múltiples, y en aras de la simplificación opto por dos, las que entiendo más importantes.

Se trata de una sociedad, la uruguaya, con un temprano y elevado grado de urbanización, en la que por razones políticas e ideológicas se arremetió contra lo que se entendía eran las verdaderas trabas para alcanzar el desarrollo económico y una sociedad más justa: los latifundistas, los propietarios ausentistas y la ganadería extensiva. Esto produjo confusión, ya que la realidad del tejido empresarial rural era más compleja. Éste no se explicaba exclusivamente por categorías binarias, como lo eran la oposición ganadería – agricultura o latifundio – minifundio.

2. Abordaré únicamente ejemplos de esta obra.

Aquellas teorías autárquicas, que creyeron que el gran dilema económico se resolvía con la siembra indiscriminada y al voleo de chimeneas, encontraron el terreno fertilizado previamente. Lo obvio era que el país no podía, no puede, prescindir ni de la ganadería ni de la industria.

En otra oportunidad me referí a las dificultades que plantea abordar este tema, el del empresario rural. Una es la indefinición e ignorancia que existe sobre el mismo ya que hasta se evita llamarlo por su nombre: se habla de “productor” y no de empresario. El tan mentado productor conoce de diferencias (las determinadas por el tamaño de las explotaciones, por el derecho de propiedad, por la especialización productiva, por la localización geográfica de los establecimientos, por las facilidades para acceder al crédito y a la tecnología, etc.).

Si se repara en un único aspecto, la especialización productiva, y se la relaciona con la inmigración del siglo XIX y su afincamiento geográfico, se puede comprobar la coexistencia de distintos tipos de empresarios: el ganadero británico del litoral, el brasileño del norte, el ovejero vasco del centro del país; los agricultores canarios de la región de Canelones, los horticultores italianos de los ejidos de los principales centros urbanos.

Mención aparte merecen los riesgos que enfrenta la actividad rural, sujeta a políticas económicas inestables; a variaciones climáticas y a características medioambientales; dependiente de factores tan diversos como el valor de la moneda, los criterios fiscales, el régimen de lluvia y de vientos, la temperatura, la acción de la fauna. Por otra parte el ciclo biológico de la ganadería es lento. Y coronando esta suma de incertidumbres aparece el mercado, un mercado que depende de las fluctuaciones de los precios internacionales; de la competencia de otras producciones, tanto las del ancho mundo como las de la región.

Se trata pues de un universo extremadamente complejo. La *Historia rural del Uruguay moderno* no lo encaró en su plenitud. Pero alcanzó a delinear determinado tipo de empresas y de empresarios. El objetivo específico del trabajo no fue ése, fue otro más ambicioso, y por lo tanto las menciones a la dinámica de las unidades productivas, y a los actores sociales que las impulsan, están diseminadas a lo largo de la obra.

En las páginas que siguen aludiré sólo a algunos puntos que me interesa rescatar y subrayar.

El empresario “moderno” como motor del cambio productivo

Inicialmente la *Historia rural del Uruguay moderno (1851 – 1914)* fue fuertemente influida por el *desarrollismo* y por su concepción del sistema centro – periferia, por su énfasis en analizar los problemas estructurales de la economía, por su afán en solucionarlos con cambios en los sistemas productivos. Es con ese marco conceptual que abordó el surgimiento de



un nuevo Uruguay, el emanado de una serie de transformaciones que las ciencias sociales de la época rotulaban como *proceso de modernización*.³ Estas modificaciones eran necesarias para facilitar la inserción del país en la economía mundial, para abastecer de alimentos y materias primas a los países industrializados.

El operativo para ensamblar la economía productora con la consumidora requería de varias acciones y se hizo en etapas. La precedió la asombrosa expansión del ovino, que fue acompañada por los primeros intentos de mejorar la genética del ganado lanar y el vacuno. Pero el paso trascendente fue la adopción del alambrado, un elemento tecnológico necesario para delimitar las propiedades e innovar la ganadería criolla. La liberación de mano de obra y la asalarización del trabajo fueron dos de las consecuencias sociales más notorias de estos cambios.

El Estado apoyó las medidas con renuncias fiscales, modernizando la policía y aprobando el Código Rural. Para atenuar el riesgo empresarial encaró la pacificación de la campaña y el control social de sus habitantes.

La difusión del ferrocarril, nuevas instalaciones portuarias y la construcción de plantas frigoríficas catapultarían al país al estadio del progreso, a ocupar el lugar que se le había reservado en la división internacional del trabajo.

Una nueva clase alta rural, integrada por hacendados extranjeros (británicos, alemanes, franceses, catalanes, vascos), pero también por estancieros nacionales, fue la que se abocó a modificar la ganadería. Fueron representados por la Asociación Rural del Uruguay, en cuyas filas muchos de ellos revistaron como fundadores, dirigentes y asociados.

El gran innovador fue un tipo de empresario con vinculaciones urbanas (banca, barracas y comercio), capaz de correr riesgos, como lo fue preparar el ganado para un frigorífico que todavía no había asomado en el horizonte. Era un actor portador de las virtudes burguesas, aquellas que se identificaban con el capitalismo: educación, contracción al trabajo, capacidad de ahorro, propensión a la inversión, afán de lucro, eficiencia y precisión numérica y contable, voluntad de poder y deseo de trascender.

Aquellos que eran inmigrantes contaban con ventajas adicionales: la protección de los diplomáticos de su país, mayor propensión a la aventura y al riesgo y conocimientos mundanos. Casi todos eran comerciantes o habían tenido vinculación con el capital mercantil.

Se hizo una descripción de los mismos con información que permite caracterizarlos y regionalizarlos. Los ganaderos tradicionales, que subsistían y subsistirían pues sin invertir más que lo imprescindible igual

3. Este concepto ha sido analizado por María Inés Moraes en un incisivo estudio sobre la historiografía del período (véase Bibliografía).

ganaban, quedaron diseminados en la frontera norte y noreste y parte del centro del país. Los emprendedores ocuparon las mejores tierras del centro, sur y litoral, buscando las que además contaban con facilidades de comunicación fluvial con Buenos Aires.

Cierta simplificación terminó por oponer al empresario europeo, renovador, con el brasileño, atrasado. Compartiendo ambos espacios quedó el hacendado nativo, cuya incidencia en la nueva realidad agraria se desvanece como consecuencia de esa polarización. Existe cierta cortedad para identificarlos como capitalistas (se habla de “estancieros empresarios”), aunque subrepticamente se cuela alguna noción básica de marxismo, como la de superestructura e infraestructura (J.P. Barrán, B. Nahum: 1967, 318). Pero también aparece un instrumento interpretativo que de aquí en más acompañará a Barrán, la psicología: “Las motivaciones psicológicas de la conducta económica han constituido siempre una base de la cual partir para explicarse los rasgos de una estructura social determinada” (J.P. Barrán, B. Nahum: 1967, 336).

Este no es el único relato existente sobre el nuevo tipo de ganadero y de estancia. Existe una anterior, legada por el hacendado y escritor Carlos Reyles en su novela *Beba* (1894). El origen literario de esta versión no le resta valor histórico, por el contrario, el autor –con conocimiento de causa– se esmeró en reconstruir la realidad del medio rural uruguayo en los años previos. Para esta tarea contó con información de primera mano: su propia experiencia al frente del emprendimiento paterno.

Siguiendo las enseñanzas de los autores: ¿qué muestra la larga duración? Si fijamos nuestra mirada en los cambios profundos que en las dos últimas décadas ha sufrido el agro uruguayo podemos encontrar ciertas similitudes. También ellos han sido impulsados por un núcleo de empresarios, en gran medida extranjeros, que han invertido en la adopción de tecnología. Esto es claramente perceptible tanto en la forestación, como en la agricultura sojera, por citar dos de los rubros más notorios y exitosos. Es de señalar que ambos han captado abundante inversión del exterior.

El ganadero como empresario

Es menester realizar una precisión: ambos tipos de ganaderos, los rutinarios y los renovadores, eran empresarios. Los ganaderos, además, están lejos de la uniformidad: admiten varias subcategorías, cada una con su propia lógica productiva, de acuerdo a si son criadores, invernadores, o de ciclo completo; a si se especializan en razas carniceras, lecheras o lanaras; si hacen o no agricultura, etc.

Los autores, en sintonía con la teoría de las élites de C. Wright Mills, supusieron que el grupo innovador estaba llamado por su posición de poder a ser la vanguardia, a servir de modelo, a ser dignos de

emulación por el conjunto. Concluyeron que aquella élite fue parcialmente exitosa en su intento por modificar la ganadería y que subsistió un sector que siguió produciendo a la antigua, o invirtiendo el mínimo posible. Por lo tanto fracasó en su intento por modernizar totalmente la ganadería, por estimular su pasaje de extensiva a intensiva.

A una década de la publicación del primer volumen, y ya con miles de páginas editadas, en el tomo VI buscaron una explicación que reflejara la complejidad de lo que denominaron –citando a Fernand Braudel– “civilización ganadera” y que evidenciará que se habían alejado de las interpretaciones más economicistas para buscar auxilio en otras más globales y más ricas en matices (Lucien Febvre y la Escuela de los *Annales*, Pierre Chaunu, entre otros).

Es así que aspiraron a introducirse en los vericuetos mentales de los protagonistas para intentar dilucidar sus actitudes económicas, concluyendo que existió, además, una mentalidad conservadora que bloqueó los cambios. Encontraron que en la sociedad rural uruguaya existían dos valores: el culto a la tierra y la ganado–manía. Y que a ellos se le agregaban el deseo de seguridad –que conducía al inmovilismo– y la atracción ejercida por el oro –que llevaba al atesoramiento–. El placer de la posesión y la búsqueda de certezas se oponían a los requisitos de la modernización, a una apuesta a un horizonte lejano e inseguro. Mientras que la adquisición de campos y haciendas era invertir en lo concreto. De ahí que no sorprenda que se aceptaron aquellos cambios que consolidaban lo que se tenía: el alambrado para asegurar las tierras y el ganado; el mestizaje para mejorarlo ahorrando tiempo y dinero. La pradera artificial, en cambio, “es pasarse al bando del enemigo, el agricultor” (J.P.Barrán, B.Nahum: 1977, 394).

Casi dos décadas después estos presupuestos fueron en parte contrvertidos, primero por Julio Millot, y luego en un libro de autoría compartida con Magdalena Bertino. La revisión que interesa para este artículo es la que hicieron en la zona “atrasada” y que comprendía los departamentos de Salto, Artigas, Rivera, Tacuarembó, Cerro Largo, Treinta y Tres, Rocha, Maldonado y Lavalleja. En algunas partes de esa región predominaba la gran propiedad y el bovino; en otras el ovino y las pequeñas y medianas extensiones de campo. Se caracterizaban por su baja productividad ganadera por hectárea, de acuerdo a la información proporcionada por el Censo de 1908, y también por la subsistencia con más frecuencia de la estancia tradicional, ahora con el agregado del alambrado, al que estaban obligados por ley.

Esa parte del país tenía serias dificultades en sus comunicaciones, ya sea por escasez de vías fluviales, o por falta de transporte ferroviario debido al atraso en el tendido de los rieles. Era una seria limitación para acceder a dos de los grandes mercados que demandaban ganado: Montevideo y Buenos Aires.

Lo novedoso del planteo de Millot y Bertino fue la utilización para caracterizar esas tierras del índice de productividad Coneat (1979). Concluyeron, en base a ese instrumento científico, que si la “mentalidad arcaica” pudo influir en el rezago, “la productividad física (...) es sin duda el factor decisivo” (J. Millot y M. Bertino: 1996, 99). O sea que los ganaderos fueron condicionados por las características de los recursos naturales.

Afirmaron, además, que “hay elementos que se ven como atraso sólo si se parte de un preconcepto: el latifundio como retardatario” (J. Millot y M. Bertino: 1996, 101). Como ejemplo citaron el consumo de alambre que en sí no constituía progreso técnico: la delimitación de las pequeñas propiedades exigía más alambrado que la de las grandes. Lo mismo acontecía con el número de potreros, ya que su superficie aumentaba o disminuía en relación a la oferta y calidad de las pasturas.

Estos hacendados debieron resignarse a enviar sus ganados rústicos a los saladeros de la frontera o del litoral, o a exportarlos en pie. Fueron cambiando lentamente, a medida que el ferrocarril se fue extendiendo a todas las capitales departamentales, y los fue acercando a la demanda más exigente de los frigoríficos montevideanos.

Esta visión introdujo un tema, el de la racionalidad capitalista. La misma, muchas veces, consiste en disminuir el riesgo, en oír el llamado de la realidad. Por otro andarivel corre el espíritu empresarial, la innovación, el emprendurismo. Son conceptos diferentes.

Ambas interpretaciones son actualmente de recibo. El prejuicio contra la ganadería extensiva se ha debilitado, o por lo menos aparecen voces discordantes, que señalan que más importante que la superficie de los establecimientos es la productividad de la tierra. El Ing. Agr. Rodolfo Irigoyen ha llamado la atención acerca de que se usan como sinónimos “intensiva” y “eficiente” y “extensiva” e “ineficiente”. Argumenta que la función de producción que utiliza mucha tierra y poca mano de obra por unidad de producto puede ser eficiente o ineficiente; lo mismo que la que utiliza poca tierra y mucha mano de obra. Para él la producción primaria extensiva ha sido consecuencia de un país-pradera casi vacío, en el que primaba la tierra y faltaba mano de obra. En cambio se erigió como modelo a seguir, aquel que exigía mucho de lo que faltaba (trabajadores rurales) y poco de lo que sobraba (campo) mientras se estigmatizó el opuesto, el que ocupa mucho territorio y pocos brazos (R. Irigoyen: 2007, 35).

Por otra parte, existe mayor predisposición a aceptar que la mentalidad pesa en las decisiones económicas. En el año 2002 el Premio Nobel de Economía se otorgó a un psicólogo, el Dr. Daniel Kahneman, por su aporte a la demostración de que el *Homo Economicus* racional, supuesto por la teoría ortodoxa, era un mito. Kahneman analizó la toma de decisiones en ambientes de incertidumbre, para concluir que el ser

humano tiene aversión a la pérdida. Cuando existe esa posibilidad, prefiere no ganar. Eso explicaría, por ejemplo, por qué una parte de la sociedad uruguaya ahorra en desvalorizados dólares, a la espera de una hipotética y catastrófica devaluación. Y también algunas de las razones por la que los ganaderos uruguayos, acostumbrados a intempestivas variaciones climáticas, fueron renuentes a la implantación de praderas artificiales o a mejorar las pasturas. De lo que se trata, siempre que se pueda, es de minimizar los costos y los riesgos, maximizando las ganancias. De lo contrario hay que intentar no perder y conformarse con mantener el capital.

Los límites de la mirada “nacional”

La *HRUM* fue elaborada con una visión nacionalista, propia de algunos cultores de la historia política, que no se adapta a la historia económica del período, en el que todavía lo local y lo regional prima sobre el concepto de “nación”.

Esta perspectiva de fronteras hacia adentro, acotada a los límites nacionales, tiene sus riesgos. Y es la de no percibir en toda su dimensión las características de aquel empresariado. Pues así como el norte y noeste habían logrado atraer a los vecinos hacendados brasileños, y las fértiles y bien situadas tierras del litoral a los británicos y de otras nacionalidades, algunos de ellos con similares intereses en Argentina; empresarios rurales uruguayos e inmigrantes radicados en el país buscaron otros horizontes, diseminándose por los países de la Cuenca del Plata.

Sobre este fenómeno llamé la atención en *Cruzando la frontera* (2004).⁴ Repito ahora los argumentos.

Una de las causas de la inversión externa uruguaya en tierras fue la inestabilidad política del país, las amenazas de alzamientos, las guerras civiles. El campo en las zonas fronterizas constituía un seguro contra la destrucción de los rodeos, un territorio neutral en el que podían encontrar refugio los hombres y su ganado. Siempre es bueno recordar que Uruguay fue un temprano expulsor de su población, y que en aquel entonces uno de los motivos de esa emigración era escapar de las frecuentes levas. En tiempos de paz se podía obtener un beneficio económico adicional, como lo era la posibilidad de comercializar las reses en el lugar más conveniente, obviando el detalle de la frontera y sus controles. Asimismo permitía disminuir en algo el riesgo climático, la escasez de pasturas que sobrevinía después de las sequías e inundaciones. Fue una decisión que redujo las incertidumbres diversificando el ámbito espacial. No fue una práctica exclusivamente uruguaya. Lo mismo hicieron los



4. Este libro está dedicado, entre otros, a José Pedro. El único comentario que me hizo fue: “Yo soy nacionalista”.

hacendados del otro lado de la frontera. Es decir que habría existido un tipo de empresario rural fronterizo.

Para los que residían en Uruguay había otra razón: las tierras fiscales se estaban extinguiendo en el país. Adquirir campo en los países de la región permitía expandirse y sortear los inconvenientes que provocaban su escasez o su alto costo. Era la solución ideal para un país pequeño, sin posibilidades de tener colonias en el exterior, ni el poder militar y político para anexar el territorio ocupado por sus vecinos.

Por inmigración o por inversión la propiedad rural uruguaya en la Cuenca del Plata tuvo cierta importancia para el país. Aunque, quizás, lo más relevante es que plantea la obligación de revisar las viejas representaciones, de encontrar una más equilibrada. El Cono Sur fue una zona en la que en mayor o menor medida la propiedad territorial estaba en manos de extranjeros. Y así como había argentinos y brasileños en Uruguay, también había uruguayos en Argentina, Brasil y Paraguay. Existió un mercado regional de tierras, al que pudieron acudir los interesados de todas las nacionalidades.

La paradoja uruguaya fue que debido a las guerras civiles algunos hacendados buscaron la seguridad en los países vecinos, mientras contemplaban cómo en el propio se afincaban los propietarios extranjeros. Estos últimos contaban con el apoyo de sus representaciones diplomáticas a la hora de efectuar las correspondientes reclamaciones por daños o perjuicios como consecuencia de los ataques a la propiedad y excesos cometidos durante los conflictos.

Quien revise la prensa de hace unos meses podrá encontrar una noticia que quizás le llame la atención: “Uruguayos poseen un millón de hectáreas de campo en Paraguay”.⁵

Volvamos a lo permanente. A lo largo de su historia los empresarios uruguayos han invertido en el exterior en tierras. Las razones han sido múltiples y variadas, dependiendo, entre otros motivos, del precio de la tierra. Pero es una tendencia constatable en el largo plazo. De ahí que al analizarlos habría que incluir una nueva categoría: los empresarios rurales transfronterizos. ¿Es que se puede aislar al país de su contexto regional?

Un empresariado movedizo, un poder inestable

La empresa rural, al igual que las originadas en otras actividades, es perecedera. Solo un núcleo muy reducido logra perdurar en el tiempo. Lo que la diferencia es que ocupa un recurso natural no renovable. La tierra constituye un bien limitado, que se transmite de generación en

5. Declaraciones del senador Dr. Pedro BORDABERRY (www.uruguaysustentable.com.uy; 16 de noviembre de 2011).

generación o se comercializa, es decir se vende o se arrienda. Esto se manifiesta en permanentes cambios en la estructura rural, que son provocados por la incorporación y cese de nuevos propietarios y arrendatarios. Este dinamismo, este movimiento rotatorio, no siempre impacta las estadísticas.

Un estudio de campo realizado en 1975 por el geógrafo francés Gérard Prost, en el que las propiedades más extensas fueron agrupadas de acuerdo a su origen temporal en cinco tramos que se extendían desde mediados del siglo XIX a 1970, mostró que el grupo poseedor cambiaba.

Ya a comienzos de los años sesenta, Vivián Trías en su *Reforma Agraria en el Uruguay*, había dejado una muy nítida fotografía de los nuevos inversores, los provenientes de otros sectores económicos.

La extrema movilidad en la titularidad de los grandes fundos fue confirmada por la *HRUM*. Los autores hicieron su propia investigación en base a las descripciones de las grandes estancias contenidas en el álbum *Pur Sang* (1916–17) (J.P. Barrán, B. Nahum: 1977, 282–295).

Pero fueron más allá, quisieron averiguar las causas por las que grandes patrimonios se pulverizaban o desaparecían. Las respuestas analizadas fueron variadas: las guerras civiles, las leyes de herencia, las crisis económicas, el sistema de comercialización de la producción rural, el estilo de vida de la clase alta rural.

También se propusieron brindar una explicación aproximada sobre el origen de la nueva clase rural... Nuevamente encontraron una multiplicidad de factores: la inversión externa, el trabajo, el matrimonio, el capital mercantil y bancario, unos pocos industriales.

Una de las conclusiones es considerada cosa juzgada: “La tierra atraía a todas las grandes fortunas, tuvieran el origen que tuvieran. Porque era rentable, pero también porque proporcionaba seguridad y posición social”. (J. P. Barrán, B. Nahum: 1977, 294–295).

¿Esta movilidad continuó? Trasladémonos al presente. Según información proporcionada por el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca, con datos de la Dirección General de Registros, del 1 de enero del año 2000 al 31 de diciembre del 2010, la compraventa de tierras para uso agropecuario se aproximó a los seis millones y medio de hectáreas. “Casi 4% de la superficie del país cambió de dueño”, revelaba el matutino *La República* en un artículo sobre las transacciones de tierras efectuadas entre enero del 2010 y junio del 2012.⁶

El cambio de propietarios de campos y haciendas es también una característica de siempre del agro uruguayo. ¿Cómo afecta esta inestabilidad el interior del poder económico rural, un poder que es esencialmente

6. *El País Agropecuario*, marzo 2011, página 26 y *La República, Campo & Mercado*, 25 de octubre de 2012, página 3.

plural y heterogéneo? Difícil saberlo. Por lo pronto, en el selecto grupo de los cabañeros, se pueden encontrar apellidos centenarios conviviendo con otros más recientes. Igual acontece en las gremiales que los representan. Ni siquiera es posible, como en otras épocas, buscar la respuesta en el catastro, ya que las mayores extensiones de tierras actualmente las explotan forestadoras extranjeras y no empresas ganaderas.

Desmenuzando la estructura

Los resultados del censo de 1908 –que en su momento contó con tecnología de punta para procesar la información recabada– permitieron analizar la composición de la sociedad ganadera de ese entonces y delinear un mapa agropecuario con la regionalización productiva del país.

Quedó en evidencia que el tamaño de los predios planteaba un primer criterio de diferenciación en por lo menos tres grandes categorías: pequeñas, medianas y grandes explotaciones. Su distribución espacial facultó distinguir las zonas en las que primó cada una de ellas.

Este primer aporte de la *HRUM* se complementó con la orientación productiva de los establecimientos censados, distinguiéndose los departamentos en los que predominaba el vacuno o el lanar, y además aquellos en los que coexistían la ganadería y la agricultura.

También accedió a datos sobre el uso de tecnología y su distribución espacial, reconociendo dos grandes grupos, los “rutinarios” y los “avanzados”.

Asimismo aludió al peso de los arrendatarios. “En todo el país el 35,4% de los predios se arrendaban”. (J.P. Barrán, B. Nahum: 1977, 352). Uno de los deberes pendientes es ahondar en las condicionantes impuestas a la ganadería por el régimen de tenencia de la tierra, pues es un aspecto crucial para el empresariado. Se trata de pequeños, medianos y también grandes hacendados que no poseen la tierra, o que carecen de la superficie necesaria para desarrollar sus actividades.

Hay cierta tendencia a identificar a los arrendatarios con la agricultura. Sin embargo en el año 2009, el 27% de las explotaciones ganaderas se hacían bajo el régimen de arrendamiento (únicamente el 53% eran en propiedad, el restante 20% bajo diversas formas) (MGAP – DIEA: 2010, 35). Esto permite señalar otro rasgo estructural: una parte importante de los propietarios de las tierras del país no las han usado para trabajar sino para obtener una renta. Esta es una de las explicaciones, no la única, de por qué muchos gustan definirse como “productores”.

En resumen

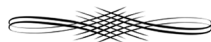
Desde las décadas de 1960 y 1970 a nuestros días ha cambiado la forma de hacer la historia: ahora es más sectorial, especializada en tópicos,

áreas y subdisciplinas. Esta reducción del horizonte temático le ha permitido ganar profundidad en otros aspectos, como el de la metodología que utiliza y los enunciados teóricos de que se nutre.

La *HRUM* no es una historia de empresas y empresarios. Por lo tanto no se le puede exigir el empleo de categorías analíticas propias de ésta. Menos se le puede objetar el desconocimiento de aportes posteriores.⁷

No obstante, ha legado una descripción de ciertos tipos de empresarios rurales, de sus establecimientos; del ascenso, objetivos, logros y limitaciones de la nueva burguesía rural del siglo XIX. La fotografía sobre la estructura agraria en 1908 permite, como todas las instantáneas, hacer comparaciones.

Nos ayuda a que hoy, treinta y cinco años después de publicada la obra, podamos apreciar algunos rasgos constantes, perdurables, del Uruguay agropecuario.



AA.VV., *José Pedro Barrán – Epílogos y legados*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010.

Anuario Estadístico Agropecuario 2010, Montevideo: Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca– DIEA.

BARRÁN, José P. y NAHUM, Benjamín, *Historia rural del Uruguay moderno*, 7 Vol., Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967 – 1978.

CHIAPPE, Marta, CARÁMBULA, Matías, FERNÁNDEZ, Emilio (Compiladores) *El campo uruguayo: una mirada desde la sociología rural*, Montevideo: Universidad de la República – Facultad de Agronomía, 2008.

JACOB, Raúl, *Cruzando la frontera*, Montevideo: Ed. Arpoador, 2004

_____, “La historia de empresas en Uruguay”, en *La nueva historia de empresas en América Latina y España*, textos reunidos por María Inés Barbero y R. Jacob, Buenos Aires: Ed. Temas, 2008, pp.169 –195

IRIGOYEN, Rodolfo M., “El país terrateniente”, *El País Agropecuario*, Montevideo: agosto de 2007.

MILLOT, Julio, “Dinamismo empresarial en Argentina y Uruguay: Difusión y adaptación de tecnología en el sector agropecuario 1850–1920”, ponencia presentada en el simposio “Empresas y empresarios en el Cono Sur”, *XIV Jornadas de Historia Económica* organizadas por la Asociación Argentina de Historia Económica (Córdoba, 1994).

7. Por ejemplo, las investigaciones de *CIEDUR* y *CIESU* sobre la agricultura familiar se comenzaron a difundir a partir de 1982.

- MILLOT, Julio y BERTINO, Magdalena, *Historia Económica del Uruguay*, Tomo 2, Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 1996.
- MORAES, María I., “Dos versiones sobre las transformaciones sociales y económicas del medio rural uruguayo entre 1860 y 1914”, *Cuadernos del CLAEH*, N° 83 – 84, Montevideo: diciembre de 1999
- _____, *La pradera perdida*, Montevideo, Linardi y Risso, 2008.
- PIÑEIRO, Diego, “Caracterización de la producción familiar”, *www.fagro.edu.uy*, consultado el 18 de diciembre de 2012.
- REAL DE AZÚA, Carlos, “La clase dirigente”, *Nuestra Tierra* N° 34, Montevideo: diciembre de 1969.
- TRÍAS, Vivián, *Reforma agraria en el Uruguay*, Montevideo: Ediciones El Sol.